



Escuchamos al Señor Hablamos con el Señor

13 marzo

Ante tu cruz, Señor Jesús,
permanecemos en silencio,
con el corazón en suspenso.

Te recordamos recorriendo Palestina
y acercándote a los pobres,
y abriendo los ojos de los ciegos,
y renovando las ilusiones,
y llamando a cambiar la vida y el mundo,
y anunciando el amor sin medida
de Dios el Padre.

Parecía que la vida nueva que traías iba a triunfar.

Pero te despreciaron y te llevaron a la cruz.

El pecado tuvo fuerza contra ti.

Y quisiste experimentar lo que sufrimos los esclavos del del pecado y de la muerte, que somos toda la humanidad.

Venimos a contemplar tu debilidad, tu comunión con nuestras debilidades, nuestros sufrimientos y nuestras muertes.

Haznos comprender tu amor en nuestra debilidad de la que tu participas.

En nuestra debilidad no estamos solos pues tú nos acompañas.

Míranos y danos tu gracia salvadora, Señor Jesús.

(en silencio vuelvo a leer esta oración
y repito aquello que más llame a mi corazón...

La pasión del Señor y el apóstol Pedro

Puesto que es difícil entrar en la meditación sobre la Cruz, vamos a dejarnos guiar por alguien que nos ayude a explorar algunos aspectos del misterio.

Os propongo contemplar cómo vivió Pedro la Pasión de Jesús y cómo la Pasión educa a Pedro en el conocimiento de sí mismo y de Jesús. No se trata aún de la contemplación directa del misterio, pero es un modo de llegar a él por grados, a través de las dificultades por las que el mismo Pedro pasó. Vamos a pedirle que nos haga recorrer su camino, captar su experiencia dramática.

A partir de las palabras del Evangelio, intentaremos reconstruir en la oración su actitud. En el fondo Pedro es cada uno de nosotros, es el hombre que por vez primera queda deslumbrado por el hecho inconcebible de la Pasión y queda impactado en la carne, porque se da cuenta de que se reflexiona sobre él.

Vamos a leer desde Mt 14,28 (Pedro sobre las aguas) a Mt 26,75 (el llanto final): desde la primera presunción, trocada en miedo y pronto sanada, hasta el estallido en llanto de Pedro, que revela la desaparición, frente al Cristo que sufre, de todas las seguridades, de todo lo que había pensado de sí mismo y de Jesús.”

La presunción y el miedo

Vamos a empezar por Mt 14,28.

Al ver a Jesús que, como un fantasma, viene al encuentro de la barca sobre el mar y dice: «¡Ánimo, no tengáis miedo!», Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir sobre las aguas a ti».

Son unas palabras fuertes, porque caminar sobre las aguas es propio de Yahvé, es una característica de Dios en el Antiguo Testamento. Pedro es muy atrevido: pedir hacer lo que hace Jesús es participar en la fuerza

de Dios. Esto, sin embargo, corresponde al sueño de Pedro: al seguir a Jesús se nos inviste de su fuerza; ¿acaso no nos ha comunicado sus poderes para expulsar demonios y curar a los enfermos? Así pues, entremos en esta comunicación de poder con fe, con amor, con generosidad; participemos en la fuerza de Dios. Jesús nos lo permite.

... “Ven”, le dijo Jesús. Pedro bajó de la barca y se puso a caminar sobre las aguas hacia Jesús. Pero por la violencia del viento, tuvo miedo, entonces empezó a hundirse y gritó: “¡Señor, sálvame!”. Al punto Jesús extendió la mano, lo aferró y le dijo: “Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?”.

Pedro quiere participar del poder de Jesús, pero no se conoce a sí mismo y no sabe que esta participación significa también compartir las pruebas de Jesús, dejarse trastornar por el viento y por las aguas. No había pensado hasta ese punto, se imaginaba un juego más fácil y entonces, descompuesto, grita.

El grito revela el hecho de que Pedro no se conocía a sí mismo, presumía de sí, ahora se consideraba capaz de cualquier cosa. Y no conocía a Jesús, porque en un determinado momento ya no se fía de él, no había comprendido que Jesús es el Salvador y que, en medio de la fuerza del huracán, allí donde se manifestaba su debilidad, allí mismo estaba Jesús para salvarle.

Esta fue para Pedro la primera experiencia de la Pasión; una experiencia no superada con éxito, cerrada, apenas inicial, de la que, como también nos sucede a nosotros, no aprende gran cosa. Probablemente se pregunta qué le ha pasado y por qué se ha dejado prender por el miedo. Sin embargo, el episodio permanece vago, como muchas de nuestras experiencias que no quedan sintetizadas hasta que una mayor nos revela su sentido.

Evolución psicológica de Pedro

Vamos a considerar ahora todos los lugares en los que se habla de Pedro, preguntándonos qué significan para su evolución psicológica.

1º

En Mt 15,15ss dice Pedro con una gran sencillez: «Señor, explícanos esta parábola: lo que sale de la boca hace impuro al hombre, no lo que entra en ella».

Jesús responde: «También vosotros carecéis aún de entendimiento».

Pedro es, por consiguiente, un hombre que tiene coraje, desea comprender, pero su conocimiento de las cosas de Dios es todavía embrionario, todavía en movimiento y esto es algo que se manifestará a lo largo de todo su camino.

2º

El capítulo siguiente (16,16ss) nos muestra el punto culminante del camino. Pedro es el único que tiene el valor de hablar, en nombre de todos, y, a la pregunta de Jesús: «¿Pero, quién decís vosotros que soy yo?», responde: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo».

Y Jesús le dice: «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Te daré las llaves del Reino».

Pedro se pone contento al oír tales promesas: ha respondido a la confianza que el Maestro había depositado en él. Jesús le había llamado cuando estaba en la barca y era un pobre pescador, un cateto; tuvo confianza en él, y Pedro le ha mostrado ahora que esa confianza había sido bien correspondida. Es verdad que Jesús ha dicho: «Ni la carne ni la sangre te lo han revelado», y, por consiguiente, la revelación es de Dios; pero Dios se la ha hecho a él, a Pedro. Dios le ha dado la posibilidad de dar este testimonio de Jesús y de tener, en consecuencia, una responsabilidad en el Reino.

Así las cosas, podemos imaginarnos el desconcierto que sufre Pedro inmediatamente después: apenas piensa abrir la boca y ejercer un poco sus funciones, es objeto de una dura recriminación. En efecto, Jesús empieza a decir abiertamente que debe ir a Jerusalén, sufrir mucho de parte de los ancianos, de los sumos sacerdotes, de los escribas, morir (aquí aflora la Pasión por vez primera); Pedro, como hombre prudente, no le reprende en público, sino que lo toma aparte pensando decirle al Maestro, con honestidad, algo que le será útil: «Dios te libre de ello, Señor, esto no te sucederá nunca».

Son unas palabras que le salen del corazón, porque Pedro quiere mucho a Jesús y cree que deben ser ellos los que mueran, porque el Maestro debe reservarse para el Reino. Pedro es generosísimo, quiere ser más bien él quien muera, pues sabe muy bien que la vida que han comenzado choca, suscita enemigos, dificultades. No se hace ilusiones, sino que razona de manera lógica: si calla la Palabra, ¿quién la dirá? La Palabra no debe callar, y nosotros nos sacrificaremos por ti.

Así pues, podemos imaginarnos la contrariedad y el desconcierto que producen en él la respuesta de Jesús: «Lejos de mí, Satanás; eres ocasión de escándalo para mí, porque no piensas según Dios, sino según los hombres».

Pedro ha hablado con toda la generosidad de su corazón, ha hablado por el bien de Jesús y de los compañeros, y ha sido tratado de Satanás. Confundido, calla y no hace lo único que debería hacer: pedirle al Señor que se explique, manifestar su perplejidad.

3º

Poco después helo aquí de nuevo con la plena confianza de «mayordomo» del Reino. En el monte de la Transfiguración (Mt 17,4) toma la palabra y dice: «Señor, qué bien se está aquí».

Una vez más toma la palabra por todos, ha comprendido que le toca a él interpretar el pensamiento común: «Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

Voy a interpretar sus palabras, intentando entrar en la psicología de Pedro: ¡yo soy quien dispone! Y con magnanimidad, porque no se hace una tienda para él; pero si es él el que organiza el Reino de Dios. Mateo no lo dice, pero Lucas añade: «No sabía lo que decía».

En el monte explota la alegría de Pedro por tener un puesto y por querer hacer lo posible para ser digno de la confianza nuevamente depositada en él. Dado que el Reino de Dios es una cosa grande, es preciso llevar a cabo cosas grandes; por consiguiente, una tienda para cada uno, algo que en Oriente es un gran lujo. A buen seguro, Pedro no reflexiona gran cosa, dice lo que le viene a la cabeza, y Jesús ni siquiera le reprende, mientras la escena se desarrolla rápidamente. Llega la voz de lo alto: «Este es mi Hijo en el que me he complacido».

Tal vez Pedro hubiera podido comprender que no se trataba de construir tiendas, sino de mirar a este Hijo, cómo se comporta, cómo lo está revelando Dios en la gloria y en la pobreza; pero nada de esto entra en su forma de pensar.

Cuando bajan después de la montaña y se acercan a la muchedumbre que rodea el lugar en que se encuentra el epiléptico que no ha podido ser curado por los discípulos, Pedro, Santiago y Juan no han sido quemados por el experimento fallido. Es posible que Pedro, con una cierta satisfacción interna, se uniera a Jesús cuando este dice: «Generación incrédula y perversa, ¿hasta cuándo estaré con vosotros?», pensando que, si hubieran sido ellos, lo habrían curado, mientras que los otros discípulos, «de segundo orden», no lo habían conseguido.

4º

Hay aún un episodio muy interesante en el mismo capítulo, rico en simbolismo (Mt 17,24-27): el del tributo al templo.

Jesús dice con indiferencia: «Echa el anzuelo, coge el primer pez y paga con la moneda». Me sorprende la expresión: «Cógela y entrégasela por mí y por ti».

Es bello este gesto de Jesús de poner una sola moneda para él y para Pedro, y casi parece una advertencia, trata de asociarte a mi destino, no pretendas construirte otro diferente del mío, o mirar el mío desde fuera.

5°

No sé si Pedro comprendió la riqueza de significado de la única moneda, la delicadeza de Jesús. En efecto, le vemos (nombrado junto con los otros) en Mt 20,24, mientras se indigna contra los hijos de Zebedeo, después de que su madre se hubiera acercado a Jesús, para pedirle que los dos estén uno a su derecha y otro a su izquierda.

Jesús trata a la madre con mucha bondad, con paciencia, sin irritarse, mientras que los discípulos se indignan, porque el puesto pedido por la madre para sus hijos lo querían ellos. Jesús les amonesta: «Los jefes de las naciones las gobiernan como señores, y los grandes ejercen el poder sobre ellas. Pero entre vosotros no será así; al contrario, el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro siervo; y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo. Así como el Hijo del hombre, que no ha venido para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redención de muchos» (20,25-28).

El texto no nos permite conocer el pensamiento de los apóstoles, pero, por lo que sigue, está claro que todavía no han comprendido. El Maestro habla, pero ellos escuchan sin comprender; como también nos sucede a nosotros, hasta que un acontecimiento imprevisto y duro nos pone en contacto con la realidad.

Nos encontramos en un punto ciego, que es una situación muy fácil de caracterizar desde el punto de vista psicológico; hay verdades que no vemos, para las que estamos ciegos o sordos; si se dicen, si se repiten, afirmamos que las hemos captado, pero no las asimilamos. Pedro se sitúa en esta línea.”

Para el próximo sábado meditaremos el drama de Pedro y la conversión, del escrito “Relatos de la Pasión” del Cardenal C. M. Martini)

Vivencias de Pedro y mis posibles vivencias con Jesús

(Durante la semana)

Presunción y miedo

Deseo de conocer a Dios y su historia con nosotros, antes y ahora

Conocimiento y amor a Jesús, desconocimiento de Jesús y su cruz

Saberme cerca de Jesús y pensar que ya soy “creyente en él”

¿Asociado al “futuro” de Jesús?

Hay verdades de Jesús para la que estoy “ciego”

...